

mente encorvado, y evitaba las miradas de los curiosos con una especie de timidez salvaje.

Desde que murió su padre, viejo curtidor, dejándole por toda herencia aquella casucha en el callejón de Saint-Mittre, no se le conocía ni parientes ni amigos. La proximidad de las fronteras y la vecindad de la selva del Seille habían hecho de aquel perezoso y singular mozo un contrabandista forrado en cazador furtivo, uno de esos seres de cara sospechosa, de quienes dicen los transeuntes: «No quisiera encontrar esa cabeza á media noche en el fondo de un bosque.» Alto, terriblemente barbudo, y con la cara flaca, Macquart era el terror de las mujeres del arrabal, que le acusaban de comerse crudos los chiquillos. Apenas tenía treinta años, y representaba cincuenta. Bajo los remolinos de su barba y los mechones de cabellos que le cubrían la cara, semejantes á las lanas de un perro de aguas, sólo se distinguía el siniestro brillo de sus ojos grises, la mirada furtiva y triste de un hombre con instintos vagabundos que el vino y una vida de paria han hecho malo. Aunque no pudiera precisarse ninguno de sus crímenes, no se cometía un robo ni un asesinato en el país sin que dejase de recaer sobre él la primera sospecha. ¡Y aquel ogro, aquel bandolero, aquel pillo Macquart era el que Adelaida había elegido!

En veinte meses tuvieron dos hijos, varón y hembra, mas no por ello pensaron un solo momento en el matrimonio; semejante audacia y tamaño descaro no se habían visto jamás en el arrabal. Tal fué la estupefacción que produjo ver que Macquart había encontrado una querida joven y rica, que las comadres, desorientadas en absoluto, hasta llegaron á compadecer á Adelaida.—¡Pobrecilla!—decían.—Está completamente loca. Si tuviera familia, hace ya mucho tiempo

que estaría encerrada.—Y como siempre ignoraron la historia de aquellos extraños amores, siempre fué acusado Macquart de haber abusado de la debilidad del cerebro de Adelaida para robarle su dinero.

El hijo legítimo, el pequeño Pedro Rougon, creció con los bastardos de su madre. Adelaida conservó junto á sí á éstos últimos, Antonio y Ursula (*los lobeznos*, como los llamaban en el barrio), y los trató ni más ni menos tiernamente que al de su marido. Parecía no tener conciencia clara de la situación en que había colocado á aquellas dos pobres criaturas; para ella, tan hijos eran los unos como los otros. A lo mejor salía á la calle con Pedro de una mano y Antonio de la otra, no pareciendo darse cuenta de la diferencia profundísima con que eran ya mirados sus queridos pequeñuelos. Era aquella una casa singular. Por espacio de veinte años cada cual vivió á su capricho; los hijos y la madre; todo creció allí libremente. Al convertirse en mujer, Adelaida había permanecido siendo la extraña joven que pasaba por salvaje á los quince años. No es que fuese loca, como la gente del arrabal pretendía; pero había en ella una falta de equilibrio entre la sangre y los nervios, una especie de dislocación cerebral y cardíaca que la hacía vivir fuera de la vida ordinaria y al revés que todo el mundo. Era seguramente muy natural, muy lógica consigo misma; sólo que su lógica se convertía en demencia á los ojos de sus vecinos; parecía que gozaba proclamando malévolamente que en su organismo todo iba de mal en peor, cuando no hacía más que obedecer con sencillez infantil á los inflexibles impulsos de su temperamento.

Desde el primer parto quedó sujeta á crisis nerviosas, que se manifestaban con horribles con-

vulsiones; estas crisis se le reproducían periódicamente cada dos ó tres meses. Los médicos á quienes consultó le dijeron que para su mal no había más remedio que el tiempo, que la edad calmaría aquellos accesos, limitándose á mandarle comer carne medio cruda y beber vino de quina. Estos repetidos ataques acabaron de desconcertarla, y vivió como un niño, como una bestia cariñosa que cede á sus instintos. Cuando Macquart andaba de viaje, pasaba sus días ociosa, soñadora, sin más ocupación que mimar á sus hijos y jugar con ellos. Después, al volver su amante, desaparecía.

Detrás de la casucha de Macquart había un corralillo separado por una pared del terreno de los Fouque. Una mañana los vecinos quedaron sorprendidos al ver en la tapia medianera una puerta que el día antes no existía, y durante una hora el barrio entero desfiló por las ventanas vecinas. Los amantes debieron ocupar toda la noche en abrir y poner la puerta; ahora podrían ir libremente el uno á casa del otro. Volvió á empezar el escándalo; Adelaida fué juzgada con más severidad: resueltamente era la deshonra del barrio. Aquella confesión tranquila y brutal de una vida común, le fué reprochada más duramente que sus dos hijos. «Al menos se guardan las apariencias», decían los más tolerantes. Adelaida desconocía lo que era «guardar las apariencias», y estaba muy contenta y muy orgullosa de la puerta aquella: había ayudado á Macquart á arrancar las piedras de la pared y amasado el yeso para que la tarea se acabara antes; por eso al día siguiente fué con alegría de niño á contemplar su obra, lo que pareció el colmo de la desvergüenza á tres comadres que la observaban. Desde entonces, cada vez que Macquart reaparecía después de una ausencia más ó menos larga, todos creían

que Adelaida desaparecía porque iba á vivir con él en la casucha del callejón de Saint-Mittre. El contrabandista volvía de sus expediciones con mucha irregularidad, y siempre sin avisar.

Nunca se pudo saber qué género de vida hacían los amantes durante los tres ó cuatro días que él pasaba en la ciudad; se encerraban y el pequeño hogar parecía deshabitado. Habiendo el arrabal resuelto que Macquart había seducido á Adelaida únicamente para comerle su dinero, asombróse de ver que aquel hombre vivía como antes, andando por montes y por valles, y tan mal vestido como de costumbre. Acaso la joven viuda le amaba más por los intervalos que sufrían sus amores; acaso había resistido á sus súplicas, sintiendo la imperiosa necesidad de su existencia aventurera. Inventaron mil fábulas, sin poder explicar satisfactoriamente una alianza que se prolongaba fuera de todos los hechos ordinarios. La vivienda del callejón de Saint-Mittre permaneció herméticamente cerrada y guardó sus secretos; adivinóse solamente que Macquart debía pegar á Adelaida, aunque ni el menor ruido delató la más insignificante querrela. En varias ocasiones viéronla con la cara herida y los cabellos arrancados; por lo demás, ni el menor síntoma de sufrimiento ni de tristeza, ni el menor cuidado para ocultar las señales de los golpes; sonreía, parecía dichosa; sin duda se dejaba golpear sin decir una palabra. Quince años duró aquella existencia. Cuando Adelaida volvía á su casa, la encontraba presa del pillaje, sin conmoverse lo más mínimo. Carecía por completo del sentimiento práctico de la vida; el valor de las cosas, la necesidad del orden, le eran desconocidos. Dejaba crecer á sus hijos como esos ciruelos que brotan al borde de los caminos y se desarrollan á merced de la lluvia y el sol; así dieron frutos naturales, como árboles bravíos

á los cuales la podadera no injertó ni podó. Nunca fué la naturaleza menos contrariada; jamás pequeños seres malhechores crecieron con mayor franqueza en la dirección de sus instintos, revolcándose en los plantíos de legumbres, pasando la vida al aire libre, pegándose y jugando como los gorriones; robaban las provisiones, devastaban los frutales de la huerta; eran los demonios familiares, alborotadores y ladrones de aquel extraño albergue de locura lúcida. Cuando su madre desaparecía durante días enteros, armaban tal alboroto, tales y tan diabólicos juegos inventaban para molestar á la gente, que los vecinos se veían obligados á amenazarlos con un látigo.

Adelaida no les imponía maldito el respeto: cuando estaba allí, si parecían menos insoportables para los demás, era porque la convertían en su víctima, faltando á la escuela regularmente cinco ó seis veces por semana, y haciendo lo posible por merecer un castigo que les permitiera berrear á su gusto; y eso que jamás les pegaban ni se descomponía siquiera: lánguida, tranquila, soñadora, vivía feliz en medio del ruido y el desorden; hasta llegó á serle necesario aquella baránda para llenar el vacío de su cerebro. Cuando oía decir: «Sus hijos llegarán á pegarle, y le estará bien empleado», sonreía, y con su gesto diferente parecía responder: «¡Qué importa!» Ocupábase de sus bienes menos aún que de sus hijos. El cercado de los Fouque hubiérase convertido en un erial después de tantos años de abandono si Adelaida no hubiese tenido la buena idea de arrendárselo á un activo é inteligente hortelano. Aquel hombre, que tenía las tierras á medias, la robaba con descaro sin que ella lo notase; así y todo, esto tuvo su lado bueno; para robarla más procuraba sacar mucho producto á la finca, y al cabo de tiempo casi duplicó su valor.

Sea que un secreto instinto le impulsara, sea que desde muy niño advirtiera la diferente acogida que él y sus hermanos merecían, Pedro, el hijo legítimo, dominó á sus hermanos. Cuando reñían, aun cuando era mucho más débil que Antonio, pegábale como amo; cuanto á Ursula, pobre criatura débil y pálida, era rudamente golpeada por el uno y por el otro. Hasta los quince ó dieciséis años, los tres niños se zurraron fraternalmente, sin explicarse su odio vago ni comprender concretamente hasta qué punto eran extraños; solamente á esa edad encontráronse cara á cara con su personalidad consciente y definida. A los dieciséis años, Antonio era un gran galopín en quien estaban fundidos todos los defectos de Macquart y de Adelaida; Macquart dominaba, sin embargo, con su amor á la vagancia, su tendencia á la borrachera, sus ímpetus de bruto; pero bajo la influencia nerviosa de Adelaida, aquellos vicios, que en el padre tenían una especie de franqueza sanguínea, se revelaban en el hijo con una socarronería hipócrita y cobarde. Antonio se parecía á su madre en su total carencia de voluntad, en el egoísmo de mujer voluptuosa, que le hacía aceptar un lecho cualquiera, por infame que fuese, con tal que pudiera revolverse y dormir caliente. «¡Ah! ¡El bandido!—decían de él:—¡No tiene siquiera, como Macquart, el valor de su infamia! Si alguna vez asesina, será á alfilerazos.» Cuanto al físico, Antonio no tenía de Adelaida más que los labios carnosos: las demás facciones eran las del contrabandista, pero suavizadas, más vagas y movibles. Ursula, por el contrario, se parecía mucho á su madre, física y moralmente, aunque también había en ella cierta íntima mezcla de Adelaida y Macquart; sólo que la infeliz, nacida cuando el amor del contrabandista había comenzado á decrecer y el de Ade-

laida estaba en su apogeo, parecía haber heredado todo el temperamento de su madre; de suerte que más bien que mezcla había en ella una superposición de los dos elementos Macquart y Adelaida, una soldadura singularmente estrecha. Fantástica, Ursula mostraba algunos momentos salvajes tristezas y arrebatos de paria; después más frecuentemente, reía con carcajada nerviosa y soñaba perezosamente como mujer vacía de corazón y de cabeza. Sus ojos, donde resaltaba la misma expresión de extravío que en los de su madre, tenían la limpidez del cristal, como los de los gatitos que han de morir tísicos.

Al lado de los bastardos, Pedro parecía un extraño: diferenciábase de ellos profundamente hasta para el que no penetrase en las mismas raíces de su sér. Jamás un niño alcanzó el equilibrio medio de las dos criaturas que lo habían engendrado: era justamente el término entre el campesino Rougon y la nerviosa Adelaida; la madre había desbastado en él al padre. Ese trabajo sonado de los temperamentos que á la larga determina el mejoramiento ó la degeneración de una raza, parecía obtener en Pedro feliz resultado: era siempre un campesino, pero con la tez más ruda, la fisonomía más expresiva y la inteligencia más amplia y más clara; el padre y la madre se habían corregido mutuamente en él. Si la naturaleza de Adelaida, que la rebelión de los nervios afinaba por modo exquisito, había combatido y aminorado las groserías sanguíneas de Rougon, la pesada masa de éste habíase opuesto al predominio del desarreglo propio de su mujer. Pedro no experimentaba ni los arrebatos ni la éxtasis de los lobeznos de Macquart. Aunque mal educado y alborotador, como todos los chiquillos criados en libertad absoluta, tenía cierta prudencia natural, que mañana debía impedirle

cometer una locura improductiva. Sus vicios, su holgazanería, sus apetitos de placer no tenían el ímpetu instintivo de los vicios de Antonio; esperaba cultivarlos y exponerlos honradamente á la luz del día. En su cuerpo grueso de mediana estatura, y en su cara ancha, fofa, en que las facciones de su padre habían tomado cierta finura del semblante de Adelaida, léase ya la sórdida ambición y la astucia, la ineludible necesidad de saciar los deseos, el seco corazón y la rabiosa envidia del hijo del campesino al cual la fortuna y las veleidades de su madre habían trocado en burgués.

Cuando á los diecisiete años Pedro supo y pudo comprender los desórdenes de Adelaida y la situación irregular de Antonio y de Ursula, no pareció ni triste ni indignado, sino preocupado simplemente del partido que sus intereses le aconsejaban tomar. De los tres hermanos, él sólo había ido á la escuela con alguna asiduidad—un campesino que comienzo á sentir la necesidad de instruirse conviértese por lo común en un calculador feroz—y allí fué donde las chanzonetas y la singular manera de proceder los chicos con Antonio le hicieron concebir las primeras sospechas; más tarde se explicó muchas miradas, muchas palabras, y vió, en fin, su casa entregada al pillaje. Desde entonces Antonio y Ursula fueron para él parásitos sinvergüenza, bocas que devoraban su hacienda; cuanto á su madre, consideróla, de igual suerte que el público, digna de un manicomio, y muy capaz de devorar hasta el último céntimo de su capital, si él no le iba á la mano. Lo único que fijó su atención y acabó de sacarle de sus casillas fueron los robos del arrendatario. El niño alborotador se transformó de la noche á la mañana en mozo económico y egoísta, maduro antes de tiempo en razón directa de sus

congénitos instintos, por la extraña vida de des-arreglo que ya no podía ver sin que se le partiese el corazón. Suyas eran las verduras cuya renta reportaba mayores utilidades al arrendatario; suyos eran aquel pan y aquel vino que comían y bebían los bastardos de su madre; toda la casa, toda la fortuna eran suyas. En su lógica de campesino, sólo él, hijo legítimo, debía heredar; y como los bienes peligraban, y todo el mundo mordía con avidez en su riqueza futura, buscó el medio de poner en la puerta á todos, madre, hermanos y criados, para heredar en seguida.

La lucha fué cruel. Comprendió que ante todo debía herir á su madre, y con una paciencia y una tenacidad admirables ejecutó paso á paso su plan, cuyos detalles había madurado durante largo tiempo. Su táctica consistió en alzarse ante su madre como un reproche viviente; no es que se arrebatase ni la dirigiera frases amargas sobre su conducta, pero había encontrado cierto modo de mirarla, sin decirle una palabra, que la llenaba de terror. Cuando después de pasar unos días en casa de Macquart volvía Adelaida á la suya, no se atrevía á levantar los ojos delante de su hijo sino temblando; sentía sus miradas frías y agudas como hojas de acero que la apuñalaban sin piedad. La actitud silenciosa y severa de Pedro, el hijo de aquel hombre á quien había olvidado tan pronto, turbaba singularmente su pobre cerebro enfermo; parecíale que en él resucitaba Rougon para castigarla por sus desórdenes. Todas las semanas era ya presa de uno de esos ataques nerviosos que la quebrantaban; dejábanla revolcarse; cuando volvía en sí, arreglaba sus vestidos y se arrastraba mustia y abatida. A veces por la noche gemía, apretándose la cabeza entre las manos, y aceptaba las heridas de Pedro como los golpes de un dios vengador; otras veces le

maldecía; no reconocía la sangre de sus entrañas en aquel muchacho burdo, cuya calma helaba tan dolorosamente su fiebre; hubiera preferido ser golpeada á ser mirada á la cara de aquel modo. Aquellas miradas implacables que la seguían á todas partes acabaron de impresionarla de un modo tan insoportable, que varias veces concibió el proyecto de no volver á ver á su amante; pero cuando Macquart volvía, olvidaba sus juramentos y corría á sus brazos. Y la lucha comenzaba al volver á su casa, más callada, más terrible. Al cabo de algunos meses pertenecía á su hijo; estaba ante él como una niña que no tiene muy tranquila la conciencia y teme que el castigo caiga sobre ella á cada paso. Pedro, como la había atado de pies y manos, hizo de ella una criada sumisa, sin abrir los labios, sin entrar en explicaciones difíciles y comprometedoras.

Cuando el joven vió á su madre bajo su dominio, y que podía tratarla como esclava, comenzó á explotar en su interés las debilidades de su cerebro y el terror loco que una sola de sus miradas le inspiraba. Lo primero que hizo cuando se vió dueño de la casa, fué despedir al arrendatario, y reemplazarle por uno hechura suya; luego tomó á su cargo el manejo de la casa, comprando, vendiendo y teniendo la caja. No se cuidó de regular la conducta de Adelaida, ni de corregir á Antonio ni á Ursula de su pereza; poco le importaba ya, porque contaba con desembarazarse de ellos á la primera ocasión. Contentóse, por lo tanto, con tasarles el pan y el agua; después, teniendo ya toda la fortuna en sus manos, esperó un acontecimiento que le permitiera disponer de ella á su gusto. Las circunstancias le sirvieron admirablemente; se libró de la quinta á título de hijo de viuda, pero dos años más tarde cayó soldado

Antonio. Su mala suerte no le preocupó gran cosa, porque esperaba que su madre le pondría un sustituto; y efectivamente, trató de hacerle Adelaide; mas Pedro, que tenía el dinero, se hizo el sordo; la partida forzosa de su hermano era un acontecimiento feliz que ayudaba á sus proyectos. Cuando su madre le habló del asunto, miróla de tal modo que no se atrevió á concluir: su mirada decía: «¿Quiere usted arruinarme por su bastardo?» y abandonó á Antonio egoístamente, teniendo ante todo necesidad de paz y libertad. Pedro, que deseaba despedir á su hermano, pero que no era partidario de los medios violentos, representó el papel de un hombre desesperado; el año había sido malo, faltaba dinero en casa; hubiera sido preciso vender un pedazo de tierra, lo que era el comienzo de la ruina... Dio palabra á Antonio de que le rescataría al año siguiente, decidido á no hacerlo. Ante esta promesa, Antonio partió engañado y contento casado.

De Ursula se desembarazó de la manera más inesperada. Un oficial de sombrerero del arrabal llamado Mouret, se enamoró de la joven, cuya debilidad y palidez le daban el aspecto de una señorita del barrio de Saint-Marc, y se casó con ella: el obrero la tomó por esposa, sin cálculos ninguno: fué una locura. Ursula lo aceptó para salir de una casa en que su hermano mayor hacía insoportable la vida. Su madre, encenagada en sus placeres, gastando sus últimas energías en defenderse á sí misma, había llegado al colmo de la indiferencia; hasta se consideró dichosa con su marcha, esperando que Pedro, no teniendo ningún motivo de descontento, la dejaría vivir en paz y á su gusto.

Tan luego como los jóvenes se casaron, Mouret comprendió que debía dejar á Plassans si no quería estar expuesto á cada paso á oír chismes

de su mujer y de su suegra, y partió en breve, llevándose á Ursula á Marsella, donde trabajó en su oficio. No había tomado ni un céntimo de dote; y como Pedro, sorprendido de aquel desinterés, empezara á balbucear buscando el modo de darle explicaciones, le tapó la boca, diciéndole que prefería ganar el pan de su mujer. El digno hijo del campesino Rougon quedó inquieto: aquel desinterés parecía que ocultaba algún lazo.

Quedaba Adelaide. Por nada del mundo quería Pedro seguir viviendo con ella, porque lo comprometía. Hubiera querido empezar por ella, pero se encontraba encerrado entre dos alternativas sumamente embarazosas: conservarla, exponiéndose á recibir las salpicaduras de su deshonra, era atarse al pie una bala de cañón que detendría el impulso de su ambición; despedirla, hacerse señalar con el dedo como un mal hijo, lo que hubiera echado por tierra sus cálculos de pasar por hombre de bien: sintiendo que tenía necesidad de todo el mundo, deseaba que su nombre fuese bien recibido por Plassans entero. No le quedaba más que un recurso para armonizarlo todo: poner á Adelaide en el caso de marcharse por su voluntad, y no olvidó nada para obtener este resultado. Creíase perfectamente excusado de todas sus asperezas por la conducta de su madre; la castigaba como á las niñas. Los papeles estaban trocados; la pobre mujer se encorbaba bajo aquel látigo siempre levantado; apenas contaba cuarenta y dos años, y balbuceaba ya de espanto, teniendo el aspecto vago y humilde de una anciana que vuelve á la niñez. Su hijo seguía agobiándola con sus miradas severas, esperando que huiría el día que le faltase el ánimo. La desgraciada sufría horriblemente de vergüenza, de deseos contenidos, de cobardías aceptadas, recibiendo resignada

los golpes, y volviendo, sin embargo, á Macquart dispuesta á morir antes que ceder. Si su débil carne de mujer nerviosa no hubiese tenido un horror invencible á la muerte, algunas noches hubiera saltado del lecho y corrido á arrojarle la cabeza en el Viorne. Muchas veces pensó huir y reunirse con su amante en la frontera; lo único que la retenía en aquella casa, sufriendo los desprecios y las brutalidades de su hijo, era el no saber á dónde refugiarse. Pedro comprendía que le hubiese abandonado en mil ocasiones si hubiera sabido dónde hallar un asilo. Esperaba la ocasión de alquilar en alguna parte un albergue, cuando un accidente, en el cual nunca se había atrevido á fundar esperanzas, realizó de súbito todos sus deseos. Llegó al arrabal la noticia de que Macquart había muerto atravesado por la bala de un carabinero, en ocasión de cruzar la frontera cargado de relojes de Ginebra. La historia era verdad; hasta trajeron el cuerpo del contrabandista, que fué enterrado en el cementerio de una aldea de la montaña. El dolor de Adelaida fué estúpido; su hijo, que la observaba con gran cuidado, no la vió verter ni una lágrima. Macquart la dejó por heredera de la casucha del callejón de Saint-Mittre y de la escopeta, que otro contrabandista, escapado á las balas de los carabineros, le entregó lealmente. Al otro día se retiró á la casita, colgó en la chimenea la escopeta, y vivió en adelante allí, sola, muda, ajena al mundo.

Por fin Pedro Rougon era el único dueño de la casa; la finca de los Fouque le pertenecía de hecho, si no legalmente. Nunca había pensado vivir allí; era pequeño campo á su ambición. Traía bajar la tierra, cuidar las hortalizas, parecía grosero, indigno de sus facultades; tenía prisa por dejar de ser labrador. Su naturaleza, refinada por el temperamento nervioso de su madre, exper-

mentaba necesidades irresistibles de los goces burgueses; así, en todos sus cálculos había visto como desenlace la venta del cercado; aquella venta, poniéndole en la mano una cantidad redonda, le permitiría casarse con la hija de algún negociante que lo tomaría como socio. En aquella época las guerras del Imperio aclaraban las filas de los jóvenes casaderos, y los padres mostrábanse menos exigentes en la elección de yernos. Pedro se decía que el dinero lo arregla todo, y que se pasarían por alto las hablillas del arrabal; él se presentaría como víctima, como un buen corazón que sufre las vergüenzas de su familia, y que las deplora, sin que le alcancen y sin excusarlas.

Hacia algunos meses que tenía los ojos puestos en la hija de un comerciante de aceite: Felicidad Puech. La casa Puech y Lacamp, cuyos almacenes estaban en una de las callejuelas más negras del barrio viejo, no prosperaba, gozaba de dudoso crédito en la plaza, y se hablaba vagamente de su quiebra. Estos rumores fueron precisamente la causa de que Rougon asestara sobre ella sus baterías; un comerciante en auge nunca hubiera consentido en darle su hija. Su plan era presentarse al viejo Puech, comprarle á Felicidad, y levantar la casa con su inteligencia y su energía, hábil manera de subir un escalón y elevarse de un salto por encima de su clase. Ante todo quería huir de aquel odioso arrabal en donde se murmuraba de su familia; hacer olvidar las sucias leyendas borrando hasta el nombre de la finca de los Fouque. Por eso las calles hediondas del barrio donde Felicidad vivía le parecían un paraíso, y en ellas pensaba cambiar hasta de piel.

Pronto llegó el momento que acechaba; la casa Puech y Lacamp se hundía. El joven negoció entonces su casamiento con prudente destreza, y fué acogido, sino como un salvador, al menos

como un expediente necesario y aceptable. Con-  
certado el matrimonio, dedicóse activamente á la  
venta de la finca. El propietario de Jas-Meiffren  
deseoso de redondear sus tierras, hábale hecho  
proposiciones varias veces: sólo una tapia me-  
dianera, baja y delgada, separaba una finca de  
la otra. Pedro se aprovechó de los deseos de su  
vecino, hombre muy rico, quien para satisfacer su  
capricho llegó á pagar cincuenta mil francos por  
las tierras; es decir, abonó dos veces su valor.  
Pedro se hizo de rogar, como campesino socarrón  
que era, diciendo que no quería vender y que su  
madre no consentiría nunca en deshacerse de una  
propiedad en que los Fouque, de padres á hijos  
habían vivido desde hacía dos siglos; afectando  
vacilar, preparaba la venta, pero le habían asas-  
tado algunas inquietudes; según su lógica brutal,  
la finca le pertenecía y podía disponer de ella  
su antojo; pero en el fondo de esta seguridad se  
agitaba el vago presentimiento de complicaciones  
con el Código. Decidióse á consultar indirectamen-  
te á un notario del arrabal, y oyó buenas cosas.  
Según el notario, estaba atado de pies y manos  
únicamente su madre podía vender la finca, con-  
tra lo que él creía; pero lo que también ignoraba  
lo que fué para él un golpe de maza, era que  
Ursula y Antonio, los bastardos, los lobeznos, te-  
nían derechos sobre la propiedad de los Fouque.  
¡Cómo! ¡Aquellos canallas podían robarle, des-  
jarle á él, hijo legítimo!

Las explicaciones del notario eran claras y pre-  
cisas: es verdad que Adelaida se había casado  
con Rougon, bajo el régimen de la comunidad de  
bienes, pero consistiendo toda la fortuna en ba-  
nes raíces, la joven, según la ley, había entrado  
en posesión de toda la fortuna al morir su ma-  
rido; y, además, Macquart y Adelaida habían  
conocido á sus hijos que, por tanto, debían her-

dar á su madre. Como único consuelo, supo Pedro  
que la ley cercenaba la parte de los bastardos en  
beneficio de los hijos legítimos; mas esto no le  
consoló; lo quería todo; por nada del mundo hu-  
biese partido con sus hermanos el valor de diez  
céntimos.

Este paseo por el Código le abrió nuevos hori-  
zontes, que sondeó con aire meditativo; compren-  
dió que un hombre hábil debe poner siempre la  
ley de su parte, y he aquí lo que encontró sin  
consultar á nadie, ni aun al notario, temeroso de  
ponerle sobre la pista. Una mañana llevó á su  
madre á casa del notario y la hizo firmar una  
escritura de venta. Con tal que la dejaran tran-  
quila en la huronera del callejón de Saint-Mitre,  
Adelaida hubiese vendido á Plassans; Pedro, ade-  
más, le aseguró una renta anual de seiscientos  
francos, y le juró velar por sus hermanos; este  
juramento bastó para decidir á la pobre mujer,  
quien recitó ante el notario la lección que su  
hijo le había enseñado. Al otro día la hizo firmar  
un recibo en el cual reconocía haber tomado cin-  
cuenta mil francos como precio de la finca. Este  
fué el golpe de genio; un acto de bribón. Con-  
tentóse con decir á su madre, asombrada de ha-  
ber firmado semejante recibo cuando no había  
visto un céntimo de los cincuenta mil francos,  
que era una simple formalidad sin transcendencia;  
y mientras deslizaba en el bolsillo el documento,  
pensaba: «Ahora, que me pidan cuentas los lo-  
beznos; les diré que la vieja se lo ha comido todo  
y no se atreverán á intentar un proceso.» Ocho  
días después la pared medianera no existía ya, y  
el arado había revuelto la tierra, borrando hasta  
la más leve huella de la separación. La finca de  
los Fouque, según el deseo del joven Rougon, iba  
á convertirse en un recuerdo. Algunos meses más

tarde, el propietario de Jas-Meiffren mandó demoler la antigua casa de labor.

Luego que Rougon tuvo en su poder los cincuenta mil francos, se casó con Felicidad Puech cuanto se cumplieron las formalidades legales. Era la joven una muchacha morena, de las que tanto abundan en la Provenza; parecía una de esas cigarras negruzcas, secas, estridentes, de vuelo brusco, que se dan de cabezadas contra los almendros; delgada, el pecho liso, agudos los hombros, la cara con hocico de garduña; no tenía edad; igual se le hubiera echado quince que treinta años, aunque en realidad contaba diecinueve, cuatro menos que su marido. Tenía la astucia de la gata en el fondo de sus ojos negros, pequeños como dos agujeros de barrena; se frente era abombada, su nariz ligeramente deprimida en su base, con las ventanas movibles, que se hinchaban temblorosas como para mejor gustar de los olores; la estrecha línea roja de sus labios, la prominencia de su barba que se unía á sus mejillas por dos surcos extraños; aquella fisonomía de enana era como la máscara viviente de la intriga, de la ambición activa y envidiosa. A pesar de su fealdad, Felicidad tenía una gracia especial que la hacía seductora; podía decirse de ella que era fea y bonita á voluntad; acaso dependiera algo del modo que peinaba sus cabellos, que eran soberbios, pero dependía más de la sonrisa de gozo que iluminaba su rostro trigüeño cuando creía haber triunfado de alguien. Nacida en mal signo, considerándose maltratada por la suerte, con frecuencia se conformaba con ser tan solo una fea con gracia; pero no cejaba en la lucha; tenía el propósito de hacer rabiarse de envidia á la ciudad entera, estableciéndose feliz con un lujo insolente; y si hubiese vivido en más ancho círculo, donde su talento natural hubiera podido desarro-

llarse, seguramente hubiera realizado en poco tiempo sus sueños. Poseía una inteligencia superior á la de las muchachas de su clase é instrucción. Malas lenguas decían que su madre, muerta poco después de nacer ella, en la primera época de su matrimonio había tenido relaciones con el marqués Carnavant, un noble del barrio de Saint-Marc. La verdad era que Felicidad tenía pies y manos de marquesa, como si no perteneciera á la raza de trabajadores de que descendía.

Por espacio de más de un mes, el barrio entero se asombró de su matrimonio con Pedro Rougon, aquel campesino apenas desbastado, aquel hombre del arrabal cuya familia no estaba por cierto en olor de santidad. Felicidad dejó hablar á las gentes, acogiendo con extrañas sonrisas las felicitaciones reticentes de sus amigas; su cálculo estaba realizado: tomaba á Rougon por marido como quien escoge un cómplice. Su padre, al aceptar al joven, sólo vió los cincuenta mil francos que le libraban de la quiebra; Felicidad tenía mejor vista; mirando al porvenir, presintió la necesidad de un hombre fuerte, un poco burdo, detrás del cual pudiera parapetarse, manejándole á su antojo como á un polichinela. Sentía un odio razonado hacia los señoritos provincianos, hacia aquel pueblo compuesto de clérigos y notarios, de futuros abogados que vegetaban con su esperanza de una clientela. Sin dote, no pudiéndose casar con el hijo de un comerciante poderoso, prefería mil veces un campesino que pudiera emplear como instrumento pasivo, mejor que un bachiller que la cohibiese con su suficiencia de colegial, haciéndole arrastrar la vida en pos de huecas vanidades. Creía que la mujer debe hacer al hombre, y se consideraba capaz de convertir á un vaquero en ministro. Lo que de Rougon la sedujo fué la anchura del pecho y el

torso robusto, pero no exento de elegancia; un joven así constituído, debía soportar con desahogo y gallardía el mundo de intrigas que pensaba echar sobre sus hombros; y si supo medir bien la fuerza bruta de su marido, mejor comprendió que no era un imbécil: bajo la carne espesa descubrió las sutilezas del espíritu, pero estaba muy lejos de conocer á su Rougon, y lo juzgaba más torpe de lo que era. Algunos días después de la boda, revolviendo un cajón del secreter de su marido, tropezó con el recibo de cincuenta mil francos, firmado por Adelaida; comprendió lo que significaba, y quedó espantada; su honradez relativa, pero honradez al fin, repugnaba aquellos procedimientos, si bien en medio de su espanto experimentó cierta admiración. Rougon se convirtió á sus ojos en un hombre temible.

De consuno emprendieron la conquista de la fortuna. La casa Puech y Lacamp estaba menos apurada de lo que pensó Rougon; las deudas no eran muchas, y sólo faltaba dinero. En provincias, el comercio tiene costumbres prudentísimas que evitan los grandes desastres; los Puech y Lacamp eran prudentes como nadie; aventuraban temblando un millón de escudos: así es que su casa, un verdadero agujero, tenía poca importancia. Los cincuenta mil francos de Pedro bastaron para pagar las deudas y dar mayor extensión al comercio. Los comienzos fueron venturosos. Durante tres años la cosecha de aceituna fué abundante; Felicidad, por un golpe de audacia que asustó á Pedro y al viejo Puech, les hizo comprar una gran partida de aceite, que encerraron en el almacén. Los dos años siguientes, según presentía la joven, faltó la cosecha, subió el aceite de una manera considerable, y la casa realizó vendiendo sus existencias, fabulosos beneficios. Poco tiempo después, Puech y Lacamp se sepa-

raron de la asociación, contentos con algunos cuartos que habían ganado y mordidos por la ambición de morir siendo rentistas. El joven matrimonio quedóse único dueño de la casa, y pensó que al fin había fijado la fortuna. «¡Has vencido!»—decía algunas veces Felicidad á su marido.

Una de las pocas debilidades de aquella naturaleza enérgica era creerse perseguida por la suerte; pretendía que hasta entonces nada les había salido bien ni á ella ni á su padre, á pesar de sus esfuerzos; é impulsada por su superstición meridional, se aprestaba á luchar contra el destino como se lucha contra una persona de carne y hueso que quisiera estrangularnos.

Los hechos vinieron á confirmar sus preocupaciones; la mala suerte tornó. Un nuevo desastre cada año desmoronaba la casa Rougon; ya era una bancarrota que le cogía parte del capital; ya un error en punto á la buena ó mala cosecha del año; ya el fracaso de tal ó cual negocio, al parecer garantido y seguro; era un combate sin tregua ni cuartel.—Convéncete. Ya ves cómo he nacido con mala estrella—solía decir Felicidad con amargura. Y, no obstante, se encarnizaba furiosa, sin comprender por qué ella, que en los comienzos del negocio tuvo tan buen olfato para una especulación, sólo daba ya deplorables consejos á su marido. A no ser por la terquedad de su mujer, Pedro, menos tenaz y hartó abatido, hubiera liquidado cien veces; pero ella quería ser rica; comprendía que su ambición no podía asentarse sino sobre la riqueza. Cuando tuvieran unos cuantos centenares de miles de francos, serían los amos de la ciudad: haría elegir á su marido para un puesto importante, y ella gobernaría. No era la conquista de honores lo que la preocupaba; se sentía bien armada para esta lucha, pero se encontraba sin fuerzas ante los primeros talegos

de escudos que había que ganar. Experimentaba una especie de rabia impotente ante aquellas piezas de cien *souses*, inertes, blancas y frías, sobre las cuales su talento intrigante no tenía poder, y que estúpidamente la esquivaban.

Treinta años duró la batalla. La muerte de Puech fué un nuevo golpe de maza; contaba haber redar unos cuarenta mil francos, y vió que el viejo egoísta, para pasar mejor los últimos días de su vida, había colocado el dinero, donándolo para después de su muerte á cambio de un crecido interés; tal fué el disgusto, que cayó enferma. Se agriaba poco á poco su carácter y se hacía más seco. Viéndola ir y venir desde por la mañana hasta por la noche alrededor de las tinajas del aceite, hubiérase dicho que creía activar la venta con aquel revolotear de mosca inquieta. Rougon, por el contrario, se hacía más pesado; la desgracia le engordaba. Aquellos treinta años de lucha no los condujeron, sin embargo, á la ruina. Al hacer inventario todos los años encontrábanse como antes; lo que en una cosecha perdían, en otra lo ganaban. Esta vida al día exasperaba á Felicidad; mejor hubiera querido quebrar de una vez, pero bien, con ruido; acaso entonces hubieran podido volver á empezar la vida, en vez de agarrarse á lo infinitamente pequeño y quemarse la sangre para ganar lo estrictamente necesario. En un tercio de siglo no lograron ahorrar más que cincuenta mil francos.

Hay que añadir que, desde los primeros años del matrimonio, Felicidad dió á luz una porción de hijos, los cuales, á la larga, convirtiéronse en penosa carga. Como otras tantas mujeres pequeñas, era fecunda, cual nadie hubiera podido suponer viendo la raquítica estructura de su cuerpo. En cinco años, desde 1811 hasta 1815, tuvo tres hijos, uno cada dos años; en los cuatro siguientes,

dos niñas. Para hacer crecer á los chicos no hay como la vida plácida y animal de provincias. Los esposos acogieron muy mal á los dos últimos; cuando no hay dote, las hijas son un tremendo embarazo. Rougon declaró al que quiso oírle que el diablo tenía que andar muy listo para enviarle el hijo número seis. Felicidad, efectivamente, cortó allí la cuenta; no se sabe, si no, á la cifra que hubiera llegado. Pero no se crea que la mujer de Rougon miraba como causa de ruina á sus hijos; por el contrario, sobre ellos reconstruía el edificio de su fortuna, derrumbado casi. No tenía aún diez años el mayor cuando ya soñaba ella en su porvenir. Dudando vencer por sí misma, esperaba que ellos le sirvieran más adelante para ahuyentar la mala suerte; satisfarían sus vanidades, dándole las riquezas que hasta entonces había envidiado y perseguido en vano. Desde entonces, sin desatender la lucha en la casa de comercio, emprendió otro plan de ataque para llegar á satisfacer sus instintos de dominación. Parecíale imposible que entre sus tres hijos no hubiera, al menos, un hombre superior que enriqueciera á todos; lo presentía, según aseguraba; así es que cuidaba á los chicuelos con un fervor en que había severidad de madre y ternura de usurero; procuraba nutrirlos amorosamente como un capital que más adelante hubiera de darle crecidos intereses.—Déjalos—gritaba Pedro,—«todos los hijos son ingratos. Los mimas y nos arruinas.»

Felicidad habló de mandarlos al colegio, y Rougon se enfadó; el latín era un lujo inútil; bastaba con que estudiaran en una escuela inmediata. Felicidad no hizo caso; tenía aspiraciones más altas, que le hacían considerar como origen de legítimo orgullo la buena educación de los hijos; además, conocía que si los suyos habían de llegar algún día á donde deseaba, preciso era que